

# EPOCA DECIMA

## LIBRO PRIMERO

### LOS CARLOVINGIOS

Años despues de J. C., de 800 á 1096.

#### CAPÍTULO I

El Occidente bajo Carlo-Magno (1).

Pipino el Breve al morir repartió el reino entre sus hijos, y sin tener para nada en cuenta la antigua division en reinos de Austria, y Neustria y Borgoña, dió las provincias septentrionales á Cárlos, su primogénito, que estableció su residencia en Noyon, y las provincias meridionales á Carlo-Magno, que se establece, en Soissons; pero habiendo muerto éste tres años despues que su padre, dejando dos hijos de muy poca edad, los señores de su reino, usando del derecho de eleccion que incontestablemente les pertenecia, eligieron por rey á su hermano Cárlos, que de este modo reunia bajo su cetro todo el reino franco. Este príncipe, á quien la posteridad ha dado el nombre de Carlo-Magno, mereció el sobrenombre de Grande por su vasto ingenio, sus talentos militares, su piedad sincera y su amor á las

ciencias y las letras; él fué el fundador de su imperio, que abrazó casi todo el Occidente cristiano, y de este modo dió grande impulso á la civilizacion cristiana, porque completó la fusion de los tres elementos que formaban la base de esta civilizacion, á saber, el elemento romano, el germano y el cristiano. La organizacion interior de su imperio ha servido de modelo á todos los reinos que se han formado más tarde, y que no han hecho otra cosa que desenvolver los principios sobre los que el gran emperador fundó el suyo. El reinado de Carlo-Magno presenta una serie no interrumpida de guerras, cuyo resultado fué extender y consolidar su monarquía; las principales guerras que sostuvo, fueron contra los lombardos en Italia, los árabes de España y contra los sajones, daneses, eslavos y ávaros. La juventud de Carlo-Magno es muy poco conocida, pero durante ella tomó una parte muy activa en las numerosas guerras de su padre Pipino (1).

(1) Consultense; Gaillard y Granié, *Historias de Carlo-Magno*; Fauriel, *Historia de la Galia meridional*; Dippold, *Vida de Carlo-Magno*; Moeller, *Manual de historia de la edad media*, á quien seguimos en la narracion.

(1) Las guerras que tuvo que sostener Carlo-Magno, son las siguientes: 1.º Primera guerra contra los sa-





Dos causas determinaron á Carlo-Magno á declarar la guerra á Desiderio, rey de los lombardos; por una parte los proyectos de conquista de este príncipe, que queria apoderarse de una parte de los territorios dados por Pipino á la Santa Sede, y por otra las desavenencias personales entre él y Carlo-Magno; éste, despues de haber repudiado á su mujer Himiltrude, se casó con la hija de Desiderio; pero habiéndose opuesto con energía el papa Estéban III contra esta union ilícita, Carlo-Magno rompió este matrimonio y devolvió la princesa lombarda á su padre, el cual, para vengar esta afrenta, quiso que el papa Adriano I, sucesor de Estéban, coronase reyes de los francos á los hijos de Carlo-Magno, que habian sido conducidos á Italia por su madre; habiéndose negado el papa á acceder á esta exigencia, Desiderio con su ejército se dirigió contra Roma, y entónces el papa imploró el auxilio de Carlo-Magno. Éste sitió y tomó á Pavia; se apoderó del norte de Italia y tomó el título de rey de los lombardos, confirmando y aumentando con muchos territorios, como el ducado de Espoleto, la donacion que su padre Pipino habia hecho á la Santa Sede, y enviando á Desiderio á la Galla, en donde fué detenido en un convento; su hijo Adelgis tuvo que refugiarse en Constantinopla. Carlo-Magno respetó la constitucion del reino lombardo, sin cambiar en nada su organizacion interior, y cuando más tarde Adelgis, auxiliado por los duques lombardos, intentó recobrar el trono, hizo una segunda expedicion á Italia aboliendo los ducados, y dividió el reino en condados, que en su mayor parte fueron gobernados por señores francos, pero sin des-

jones (772). 2.º Primera expedicion á Italia (733-774). 3.º Segunda guerra contra los sajones (775). 4.º Segunda expedicion á Italia (776). 5.º Tercera guerra contra los sajones (776-777). 6.º Primera guerra contra los árabes en España (778). 7.º Cuarta guerra contra los sajones (779-780). 8.º Tercera expedicion á Italia (780). 9.º Quinta guerra contra los sajones (783-785). 10.º Segunda guerra en España (785). 11.º Cuarta expedicion á Italia (786-787). 12.º Guerra contra Thasillon y los ávaros (788-791). 13.º Última guerra contra los sajones (796-799). 14.º Segunda guerra contra los ávaros (796). 15.º Últimas guerras en España (798-808). 16.º Guerras contra los eslavos (805-806). 17.º Guerras contra los daneses.

truir la nacionalidad lombarda; despues envió á su hijo Pipino con el título de rey de los lombardos, señalando á Pavia por residencia; y por último, en su última expedicion á Italia sofocó la rebelion del ducado de Benevento, que habia permanecido independiente, y le obligó á reconocer su autoridad, aunque dejando subsistir este ducado como hereditario.

Las guerras de Carlo-Magno contra los sajones constituyen uno de los títulos más bellos de la gloria de este príncipe; duraron treinta años y terminaron por la sumision completa de este pueblo; la historia de estas guerras puede dividirse en tres períodos: el 1.º, en que las tribus sajones combatian aisladas; el 2.º, en que se alzaron unidas contra Carlo-Magno á instigacion de Wittekind y Albion; y el 3.º, ó sea las guerras contra los sajones transalbinos. Hacia más de dos siglos que los sajones no habian dejado de atacar é invadir los reinos francos, habiendo sido inútiles todas las tentativas hechas para convertirlos al cristianismo y civilizarlos; de manera que Carlo-Magno al someterlos á su cetro tuvo la incontestable gloria de haber extendido el primero la civilizacion cristiana en el norte de la Germania. Despues de tres expediciones emprendidas contra los sajones, todas las tribus situadas entre el Rhin y el Elba depusieron las armas y prometieron no poner trabas en adelante á la predicacion del Evangelio, que les fué predicado por órden de Carlo-Magno, el cual tuvo muchos *Campos de Mayo* en la Sajonia, á los que asistieron los sajones, siendo tratados con completa igualdad á los francos, y estableció cinco sillas episcopales; pero los sajones, aprovechando la ocasion en que Carlo-Magno estaba combatiendo contra los árabes en España, se sublevaron, mataron á los misioneros, derribaron las iglesias y avanzaron hasta el Rhin asolando el país; Carlo-Magno les sujetó de nuevo y les trató con mucha generosidad, puesto que lejos de castigar esta revuelta se contentó con que renovasen la promesa que habian hecho de no oponerse á la predicacion del Evangelio entre ellos.

Dos de sus jefes más poderosos Wittekind y Albion, que se habian refugiado entre los



daneses en la Jutlandia, no cesaban desde allí de excitar á la rebelion á los sajones, y éstos, á instigacion suya, sorprendieron y dieron muerte cruel á un cuerpo de ejército franco de más de cuatro mil hombres enviado contra los eslavos, que habian hecho una incursion en la Sajonia; Carlo-Magno entónces creyó deber castigar severamente esta perfidia, y en efecto, hizo dar muerte á cuatro mil, quinientos sajones. Entónces estalló una insurreccion general de todas las tribus sajones, que se unieron contra Carlo-Magno, el cual no pudo someterlas sino despues de reñir con ellos batallas sangrientas; Wittekind y Albion abrazaron el cristianismo y con ellos un gran número de sajones; entónces Carlo-Magno prohibió el culto pagano, que servia de ocasion y de pretexto para los motines, siendo esto una medida necesaria, y falsa por consiguiente la acusacion formulada por algunos autores modernos contra Carlo-Magno, de quien dicen que hizo bautizar á los sajones á la fuerza.

Aun tuvo Carlo-Magno en diferentes ocasiones que marchar contra los sajones transalbinos, á quienes sujetó, y además trasplantó algunas colonias sajones á las orillas del Rhin y del Mein y á la Bélgica, hasta que se terminaron completamente estas guerras por la paz de Seltz, por la que se concedieron á los sajones los mismos derechos civiles y políticos de que gozaban los francos, dejándoles su legislacion y administracion propias.

La España habia experimentado grandes cambios en el siglo VIII, se habia formado un reino cristiano en Astúrias y la Cantabria, y gracias á la rivalidad que existia entre las tribus berberiscas de África, que habian venido á establecerse á España, y los musulmanes del Asia, Abd-er-Rahman, último vástago de la dinastia de los omniadas, fundó el califato de Córdoba.

Estos acontecimientos no dejaron de ejercer influencia en la poblacion de las comarcas comprendidas entre el Ebro y los Pirineos; los musulmanes establecidos en este país se unieron con la poblacion cristiana, que allí era muy numerosa, para de este modo librarse de la autoridad del califa de Córdoba, y con el mis-

mo motivo Soliman-al-Arabi, emir de Zaragoza, envió una embajada á Carlo-Magno, y si este príncipe se decidió á emprender una expedicion á España, fué no sólo por la importancia de la posesion de los Pirineos, sino tambien por el deseo de librar á los cristianos del norte de España de la dominacion de los musulmanes; en efecto, avanzó hasta el Ebro sin hallar resistencia séria, ántes al contrario, recibiendo la sumision de la comarca, si bien los vascos no le recibieron bien, por cuya razon hizo destruir las fortificaciones de Pamplona, una de sus principales ciudades; pero ellos, en cambio, cuando Carlo-Magno tuvo que abandonar el país, para marchar á sofocar la insurreccion de los sajones, atacaron á su ejército en el valle de Roncevalles, derrotando completamente la retaguardia y dando muerte al conde Rutlando, célebre en las poesías de la edad media, bajo el nombre de Roldan; entónces los árabes recobraron las provincias perdidas; pero Carlo-Magno continuó la guerra enviando con un ejército á España á su hijo Luis, el cual hizo una alianza con Alfonso II, rey de Astúrias, y tomó sucesivamente las ciudades de Huesca, Pamplona, Lérida y Barcelona, formando la Marca española ó condado de Barcelona, de donde Bera fué el primer conde. Carlo-Magno concluyó un tratado de paz con el califa de Córdoba El-Hhakem, y se señaló el Ebro como frontera de los dos territorios.

Los bárbaros, que formaban la tribu más poderosa en el mediodía de la Germania, habian sido obligados por Cárlos Martel á reconocer la autoridad de los francos, conservando sin embargo sus príncipes hereditarios; su duque Tassillon quiso recobrar su independencia en tiempo de Pipino el Breve, cuya hermana Chiltrude se habia casado con el duque Odilon, padre de Tassillon; pero Carlo-Magno le sujetó de nuevo, y entónces habiéndose casado Tassillon con una hija del rey de los lombardos, Desiderio, esta princesa, deseando vengar á su padre, incitó á su marido para que declarase la guerra á Carlo-Magno; pero no hallándose Tassillon con fuerzas bastantes para luchar contra el monarca franco. llamó en su





auxilio á sus vecinos los ávaros; con esto produjo el descontento de los bávaros, y ellos mismos le entregaron á Carlo-Magno, que acababa de invadir la Baviera con un ejército, y que suprimió la dignidad ducal, dividiendo el país en condados. Después de esta victoria Carlo-Magno atacó á los ávaros y les quitó todas las comarcas comprendidas entre el Ens y el Raab, con las cuales formó un nuevo condado con el nombre de Marca de Este (Austria); más tarde envió contra los ávaros á su hijo Pipino, que les impuso un tributo anual, siendo por entonces cuando fué predicado el cristianismo á este pueblo.

Por la conquista de la Sajonia, Carlo-Magno había extendido su dominación, al N. hasta la Jutlandia y al E. hasta el Elba. Los daneses, que habían ayudado á los sajones en sus insurrecciones, fueron por esto obligados por Carlo-Magno á cederle las comarcas situadas al S. del Eider, de cuyo río hizo el límite septentrional de su reino por un tratado celebrado con Godofredo, duque de Jutlandia, y colocó en las riberas de este río fortificaciones llamadas *Danawirk* (obra de los daneses). Los eslavos, que habían estado unidos algún tiempo bajo el cetro de Samon, que les había librado del yugo de los ávaros, estaban formados por varios pueblos, entre los que los principales eran los *Obodritas* en el Mecklemburgo, los *Wittzes* en la Pomerania, el Brandeburgo y la Lusacia, los *Sorbes*, entre el Sale y el Elba, los *Chekes* en la Bohemia, y los *Moravos* en la Moravia.

Carlo-Magno hizo numerosas expediciones al Brandeburgo, la Lusacia, la Bohemia y la Moravia; hizo tributarias á las tribus que habitaban estas comarcas, é hizo levantar en las fronteras castillos fortificados, siendo los más importantes el de Halle, sobre el Sale, y el de Magdeburgo sobre el Elba. De este modo fundó Carlo-Magno un imperio tan vasto que se extendía desde el Ebro en España y Benavente en Italia, hasta el Gider al N., y desde el Océano Atlántico, hasta el Elba; la Bohemia y el Raab al E.; y que comprendía los países siguientes: la Galia con la Bélgica; la Germania hasta el Eider, el Elba, las montañas de la

Bohemia y el Raab, la Italia excepto el exarcado, la Pentápolis y los ducados de Espoleto y de Roma, que formaban los Estados de la Iglesia y el ducado de Nápoles con la Calabria y la Pulla, que pertenecía al imperio griego; el nordeste de España hasta el Ebro y las islas de Cerdeña y de Córcega. La verdadera inauguración de este imperio tuvo lugar cuando el papa, colocando la corona imperial sobre la cabeza del gran conquistador, le confirió el poder supremo sobre el occidente cristiano.

Desde la reunión de la Italia al imperio griego, bajo el reinado de Justiniano I, la Santa Sede había caído bajo la dependencia de los emperadores de Constantinopla, dependencia que tenía funestas consecuencias, no sólo porque ponía trabas á la libertad de acción de los soberanos pontífices, que más de una vez habían sido perseguidos por los emperadores griegos, sino también porque era un obstáculo para las relaciones entre el papa y los príncipes cristianos de Occidente, que no veían en él más que á un súbdito de un soberano extranjero.

Las violentas persecuciones llevadas á cabo contra los papas por los emperadores griegos, iconoclastas, fueron la causa principal del establecimiento de la soberanía temporal de la Santa Sede en Roma y el exarcado de Rávena, en cuya provincia los soberanos pontífices no introdujeron cambio alguno en la administración. Luégo que á la dignidad pontificia estuvo unida la soberanía temporal, las familias patricias que desempeñaban la mayor parte de las funciones públicas, no tardaron en aspirar al pontificado, promoviendo trastornos cada vez que éste quedaba vacante, y apoderándose de él más de una vez, aunque momentáneamente, algunos usurpadores. Los primeros desórdenes de este género tuvieron lugar á la muerte del papa Paulo, pues un lego llamado Constantino usurpó el pontificado; pero fué destronado por los romanos con el auxilio del duque lombardo de Espoleto.

Los príncipes francos, á contar desde Carlos Martel, habían sido considerados como los defensores de la Iglesia en todos los asuntos temporales, y de aquí el que los soberanos



pontífices hubiesen honrado sucesivamente á Carlos Martel, Pipino y Carlo-Magno con el título de patricios de la Iglesia romana. Luégo que Carlo-Magno, conquistando el reino lombardo se hizo príncipe soberano de una gran parte de Italia, se establecieron relaciones más íntimas de vecindad y amistad entre él y la Santa Sede, ocupada entonces por el papa Adriano I, con quien siguió una continuada correspondencia. Después de la muerte de Adriano, se turbó de nuevo el orden en Roma, y Leon III fué puesto en prisión por sus enemigos; pero pudo fugarse y se refugió cerca de Carlo-Magno, quien le hizo acompañar á Roma por un imponente ejército. Este papa, reconocido hácia un príncipe que tantas pruebas había dado de acatamiento á la Santa Sede, y deseando con el restablecimiento del imperio de Occidente dar á la Iglesia un defensor temporal, coronó emperador á Carlo-Magno en Roma en la fiesta de Natividad, y el pueblo le aclamó diciendo: «Salud y gloria á Carlos el Grande y pacífico emperador de los romanos, coronado por la voluntad de Dios.»

En virtud de su coronación en Roma, el emperador se halló investido de una verdadera supremacía sobre todos los pueblos y príncipes cristianos de Occidente; pero sólo el papa tenía el derecho de conferir esta dignidad, que no era por consiguiente ni electiva, ni hereditaria, ni divisible. La Santa Sede no tardó en ser reconocida por todo el Occidente cristiano, como el tribunal supremo de la cristiandad, al que los príncipes y pueblos acudían libremente en todas sus diferencias. Un lazo íntimo unía á los poderes supremos del mundo cristiano, el espiritual y temporal, sometiéndose el último al primero, y trabajando de concierto en el bien espiritual y temporal de la sociedad confiada á sus cuidados. La ciudad de Roma fué desde luégo considerada como centro del imperio, y los emperadores ejercieron allí la autoridad suprema en unión de los soberanos pontífices, sin que éstos dejasen de conservar toda su soberanía, ni reconociesen la supremacía de los emperadores de Roma.

Carlo-Magno llevó la diadema imperial

durante catorce años, y se ocupó con el mayor cuidado en la organización interior de su vasto imperio, así como también en la cultura de las ciencias y de las letras. La propagación de la religión cristiana entre los daneses, los eslavos y los ávaros, fué del mismo modo el objeto de su solicitud. Sus hijos se mostraron dignos de él por sus talentos militares y su celo en los asuntos públicos, y después de su coronación en Roma les abandonó á ellos la continuación de las guerras y la defensa de las fronteras; á su primogénito Carlos le mandó á defender las fronteras orientales; á Pipino le envió á Italia como rey de los lombardos, y á Luis le dió el gobierno de la Aquitania y de la Marca española, estableciendo su residencia en Tolosa. Desgraciadamente murieron sus dos primogénitos, y Luis quedó único heredero del imperio. En su vida privada Carlo-Magno se hizo notar por su gran sencillez, puesto que no amaba el fausto ni lujo de la corte, sino que vivía rodeado de sus hijos y de los hombres instruidos que reunía en derredor de su persona, y estaba dotado además de una piedad sincera y de gran ternura paternal para con sus hijos, sin que por esto estuviese completamente exento de defectos en sus costumbres, cuyo desarreglo ha sido exagerado por muchos autores modernos. En los últimos años de su vida residió en Aix-la-Chapelle y allí murió, y fué sepultado, no teniendo su tumba otro epitafio que su nombre; su muerte fué muy edificante y el anti-papa Pascual le canonizó después que el pueblo en muchas provincias del imperio le había tributado culto público. La Iglesia aún tolera este culto en algunos parajes.

Carlo-Magno no dió una constitución nueva á su imperio, sino que se limitó á desenvolver las instituciones políticas de los pueblos que había reunido bajo su cetro, sin introducir más cambios que los necesarios para adaptarlas mejor á las necesidades de los tiempos y de las circunstancias. Dejó que la monarquía continuase siendo electiva, pero restringiendo la elección de soberano á la familia de Pipino, que había reemplazado á la de Clodoveo. El poder del rey se hizo más extenso, pero continuó limitado por la autoridad de las asambleas





generales de la nación llamadas *Campos de Mayo*, en las cuales se decidían todos los asuntos importantes, tales como la guerra y la paz; se tomaban las medidas propias para mejorar el estado interior del imperio, y se adoptaban las nuevas leyes, que eran propuestas por el emperador. Estas asambleas eran muy poco frecuentadas por los hombres libres, cuyo número había disminuido mucho, porque preferían la posición de vasallos de los grandes señores, que les ofrecía mayores ventajas y más seguridad. Los miembros del alto clero eran casi todos señores de la nobleza feudal, á causa de los feudos con que la liberalidad de los príncipes había dotado á los monasterios y sillas episcopales, y ocupaban el primer lugar en las asambleas y en el consejo del rey, no sólo por esta razón, sino también por su instrucción. Después del alto clero venían los señores legos en el orden que les correspondía, según la importancia de sus feudos ó de las dignidades de que estaban investidos. El clero se mostró digno de su alta misión por la santidad de su vida, la pureza de su doctrina y su celo para trabajar por el bienestar espiritual é intelectual del pueblo. Por entonces S. Crodegando de Metz instituyó los canónigos, estableciendo la vida común para el clero secular en las grandes ciudades, haciéndolos alternar en el trabajo, la oración y el estudio. La independencia de los señores, tanto eclesiásticos como legos, se aumentó mucho más con el privilegio de inmunidad de que casi todos gozaban.

Carlo-Magno tampoco reformó enteramente la legislación de su imperio, sino que dejó á cada pueblo su legislación particular, limitándose á los cambios necesarios y á completarlas con nuevas disposiciones legislativas; así es que la mayor parte de las leyes de los pueblos sometidos, como la ley sálica, la ripuaria, las de los bávaros, alemanes, sajones, frisios y lombardos, recibieron una nueva sanción. Casi todos los decretos de los reyes francos, desde Carlos Martel, referentes tanto á legislación como á administración, se conocen con el nombre de capitulares á causa de su división en capítulos; en todos éstos dominaba el carácter moral y religioso. En administración, Carlo-

Magno introdujo algunos cambios importantes, como la abolición de la mayordomía de palacio y la supresión de las dignidades ducales y división de los antiguos ducados en condados gobernados por condes, que cuando estaban al frente de las Marcas ó provincias fronterizas se llamaban margraves, y estaban investidos de poderes más amplios para la defensa de las fronteras contra los pueblos extranjeros. También es debida á Carlo-Magno la institución de los comisarios regios (*missi dominici*), que se escogían todos los años entre los señores, tanto eclesiásticos como legos, y la división del imperio en comisarías (*missatica*), compuesta cada una de varias provincias: cada año dos comisarios nombrados por el rey, uno eclesiástico y otro lego, eran los encargados de visitar su comisaría, recibiendo las quejas contra los funcionarios públicos, estableciendo tribunales en que decidían en apelación todas las causas ya juzgadas por los condes, inspeccionando los dominios dados á título de feudos, los caminos y los canales, y en una palabra, ocupándose de todos los asuntos religiosos, civiles y militares; estos comisarios, á su vuelta de la visita, daban cuenta detallada á la asamblea general sobre el estado de las provincias. Carlo-Magno alivió el servicio militar que todos los hombres libres estaban obligados á hacer á su costa, determinando las circunstancias en que podían ser llamados á las armas, y permitiendo á muchos pequeños propietarios escotar entre ellos para armar á uno y sostenerle durante la guerra; pero disminuyendo cada vez más este ejército nacional, acabó por ser reemplazado por el ejército feudal, compuesto de los vasallos reales, que estaban obligados á servir en virtud de los feudos que poseían y á hacerse seguir de cierto número de soldados, determinado con arreglo á la extensión é importancia de los feudos; de este modo la nobleza feudal se hizo el más fuerte apoyo del trono, y su poder creciente preparó el derecho hereditario de los feudos, que hizo experimentar una importante transformación al régimen feudal.

La literatura pagana, griega y latina, y siguiendo la misma suerte que el paganismo, había declinado rápidamente después de los



reinados de Adriano y de los Antoninos. y había sido aniquilada casi por completo al tiempo de las invasiones germánicas en el imperio romano, contribuyendo no poco á su completa decadencia los decretos de Teodorico el Grande contra el paganismo, y los de Justiniano I, que hizo cerrar la escuela de filosofía pagana de Atenas, sin que antes hubiesen sido suficientes para elevarla de su postración los esfuerzos de la escuela neo-platónica de Alejandría, y los de Juliano el apóstata. Durante el siglo II, y en medio de las persecuciones que sufrían los cristianos, nació la nueva literatura cristiana, que se desenvolvió en los siglos IV y V, y fué ilustrada por los Santos Padres en las ciencias teológicas y en las profanas por un gran número de escritores notables, á quienes no faltaba más que la perfección de la forma para ocupar un lugar al lado de los autores más célebres del paganismo; en efecto, no se les pueden negar elevación de alma é imaginación poética á Sidonio Apolinar, á Fortunato y Ennodio; profundidad de pensamientos al filósofo Boecio; conocimientos variados y extensos á Casiodoro y á Isidoro de Sevilla, y el valor histórico de Zósimo, á Orosio y á Procopio. La conquista de la Gran Bretaña por los anglo-sajones, y de Italia por los lombardos, las guerras civiles de los reinos francos y el triunfo del islamismo en Oriente, África y España, detuvieron todo movimiento literario durante los siglos VI y VII, siendo entonces las órdenes religiosas las que salvaron las letras, que hallaron un asilo en los monasterios de Italia y de la Gran Bretaña, cuyos países dieron al mundo sabios ilustres, como Beda, Egberto y Alcuino en la Gran Bretaña, y Pedro de Pisa y Pablo el Diácono en Italia. Muchos de estos sabios fueron los que secundaron á Carlo-Magno poderosamente en la restauración de las escuelas, de las ciencias y de las letras.

Carlo-Magno contribuyó á la civilización intelectual del Occidente, con dos medidas muy importantes: la organización de la enseñanza y el fomento que dió á las letras y á las bellas artes; el episcopado de su imperio y muchos sabios anglo-sajones é italianos le ayudaron en esta obra, y con su auxilio reorganizó la es-

cuela de palacio, asistiendo él con su familia y su corte á las lecciones que allí se daban, y organizando con arreglo á ésta las que en los principales monasterios y ciudades episcopales habían de servir para la enseñanza superior.

La enseñanza primaria, confiada al clero en las poblaciones del campo, era gratuita para los pobres, y comprendía el catecismo, la lectura y escritura, el cálculo y el canto: la enseñanza superior estaba dividida en dos partes, una llamada trivium, que comprendía la gramática, retórica y la dialéctica, y otra llamada quadrivium, que abrazaba la aritmética, geometría, música y astronomía; pero la teología era la rama más importante de toda la enseñanza, con la cual se formaban hombres para los cargos más importantes del Estado y de la Iglesia. Carlo-Magno hizo componer á Alcuino y á otros sabios gran número de tratados elementales, destinados á servir de base á la enseñanza en las diferentes escuelas del imperio.

Con objeto de favorecer las letras y propagar el gusto por el estudio, entre los señores de su imperio, Carlo-Magno dió á los sabios de que estaba rodeado el encargo de reparar y corregir los manuscritos de la literatura sagrada y profana; siendo la copia de estos manuscritos la ocupación principal de los monjes, encargó especialmente al clero el estudio de los idiomas griego y latino, y él mismo se dedicó á componer una gramática alemana, é hizo coleccionar los antiguos cantos nacionales é históricos de los francos.

Mandó construir la iglesia de Nuestra Señora en Aix-la-Chapelle, el palacio imperial en la misma ciudad, y en otras partes otras muchas iglesias y palacios, para lo cual hizo venir artistas de Italia y de Constantinopla, introduciendo de este modo el estudio romano ó bizantino en la arquitectura de Occidente. El estudio de la música fué también cultivado en las escuelas de Metz y de Soissons, y el veneciano Jorge construyó el primer órgano en el imperio franco. De esta manera el Occidente dió un gran paso en el camino de la civilización bajo el reinado de este gran emperador.